

Joaquín V. González, mi padre

Esther González de Lagos

LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD me coloca en la difícil situación de escribir mi testimonio filial acerca de mi padre. Otros pueden hacer su elogio; eso ha sido hecho y sigue siéndolo con motivo del centenario de su nacimiento, pero a mí no me corresponde desde que me alcanzan "las generales de la ley", como he oído decir muchas veces en mi condición de hija, esposa y hermana de abogados.

Además, esto de escribir con destino a una revista y a una revista universitaria de tan alta calidad e importancia, es tarea inesperada para mí y lo hago bajo la impresión de que incurro en osadía o atrevimiento.

Sin embargo, la ausencia de todos mis hermanos varones me crea el compromiso de no eludir la responsabilidad que contraigo. Cualquiera de ellos lo hubiese hecho con aptitudes que a mí me faltan, pero no pudiendo ser así, alguien debe poner una nota de sentido íntimo y familiar, porque eso no pueden hacerlo los extraños sin invadir una esfera que les es ajena.

Claro está que nosotras, sus hijas —y también sus hijos si vivieran— padecemos las inevitables limitaciones con que el pudor traba las profundas y sinceras manifestaciones del sentimiento filial y es forzoso poner especial cuidado en no convertir en natural expresión de elogio lo que es requerido con carácter de testimonio.

Nadie ignora, y todos lo dicen con motivo de su centenario, que el fundador de esa Universidad de La Plata fue, más

que toda otra cosa, un educador. Lo era también en el ámbito familiar, nuestra Madre y diez hijos (cinco varones y cinco mujeres) hacían un número no desdeñable como auditorio. Durante las horas de las comidas que era el momento que su intensa actividad pública solía dejarle para dedicarnos su atención, sin perjuicio de cualquier otra oportunidad que se presentara, él se dirigía a nosotros —especialmente a los varones— con preguntas en las que inquiría el modo de pensar de cada uno y, mejor aún, su modo de sentir.

Es bien sabido que, a su juicio, el fin de la enseñanza era más educar que instruir, la formación del alma, más que la de la mente y, por eso, sus preguntas despertaban ideas pero siempre estaban referidas a ideales.

Recuerdo algunas escenas que no es posible relatar aquí, pero en las que fundo mi anterior observación. Los acontecimientos de la vida cotidiana y, a veces, sus propias experiencias de hombre público o de abogado profesional le sugerían temas que en forma cariñosa y sencilla hasta tierna, como era su trato hacia nosotros, nos hacía preguntas que con los años he comprendido tenían el significado de planteos espirituales en relación con la conducta cívica o puramente humana. Esos planteos, como los llamo ahora, tenían entonces el carácter de amable conversación, sin más finalidad aparente que el diálogo, pero con la perspectiva del tiempo transcurrido se presentan ahora como el modo más natural y afectuoso de indagar nuestros sentimientos y dejar-

nos al mismo tiempo una delicada lección espiritual.

Con su voz opaca y levemente nasal, de tono bajo y de ritmo lento que en oportunidades adquiría ternura de caricia, corregía nuestras respuestas, cuando advertía un error de orientación, sin impaciencia alguna y con la misma suavidad y dulzura que puso siempre en sus actos y palabras. No recuerdo que haya alterado ni una sola vez esta modalidad propia de su trato, acentuada en la intimidad.

Mi Padre buscaba y encontraba en la música el ambiente grato a su espíritu soñador; muchas noches, después de la comida, pedía a mi Madre que tocara en el piano piezas de los clásicos que él más amaba. Mi Madre, una mujer muy hermosa, ejecutante de exquisita sensibilidad y rigurosa técnica, lo complacía, encantada de satisfacer su propia inclinación vocacional y, así, tocaba durante horas y horas... Recuerdo con nitidez aquellas veladas familiares y veo a mi Padre escuchando "Claro de Luna", de Beethoven, con sus ojos entrecerrados, como si aquella composición prestara alas a su imaginación creadora siempre activa.

Cuando nuestro Padre dejó la presidencia de la Universidad de La Plata y dictó su conocida "lección de optimismo" se alejó también de la vida pública para entrar en lo que su amigo Dr. Adolfo Posada llamó "atardecer sereno" y bien merecía ese calificativo —podemos atestiguarlo sus hijos— porque nunca dejaba traslucir la inevitable amargura que debía producirle aquella acumulación de circunstancias adversas entre las cuales le

afectaban de un modo muy especial la ingratitud de amigos, la perfidia de enemigos y la ausencia de favorecidos. Fue entonces cuando escribió sus páginas más sentidas y bondadosas, mientras esperaba cierta demostración anunciada por la Universidad que él fundó —la "medalla del desagravio"— que esperó con ansiedad no siempre disimulada, pero que nunca llegó. En ningún momento se dejó llevar por la irritación ni por la impaciencia.

En sus últimas horas y hallándonos reunidos junto a su lecho de enfermo, su palabra adquirió el tono contenido de una despedida dolorosa y de un legado espiritual. Le oímos decirnos: "He dedicado mi vida al servicio del país; eso me impide dejarles bienes materiales, pero les dejo mi nombre limpio..." La emoción le impidió continuar. En esa brevísima síntesis abarcó todo el panorama de su vida tan larga como intensa, en la que siempre alentó una mística esperanza de tal calidad que le permitía prescindir de compensaciones materiales o efectivas.

Veía acercarse el final de su existencia terrena convencido de que no se muere del todo, como alguna vez lo dijo en la tumba de Agustín Alvarez, su amigo y compañero, con estas palabras: "No es necesaria la vida material de los cuerpos para continuar en la eternidad la vida inmaterial del pensamiento". No es extraño, pues, que en el momento supremo de su partida, sin más testigos que sus hijos, se oyera de sus labios, como en un susurro, estas palabras: *Au delà de la vie nous vivrons encore.*